

MISCELANEA

HOMENAJE A SAN MARTIN EN CARACAS 2000 (*)

J. L. Salcedo-Bastardo (**)

Pocos motivos tocan con sinceridad profunda al espíritu de un estudioso venezolano, cual este encargo de testimoniar en este día a la insigne patria de los argentinos el sentido y razón de nuestros afectos. El asunto no es difícil. Vigorosas y hondas raíces en el tiempo, tienen la solidaria amistad que une a Venezuela y Argentina; ello ha resplandecido desde el comienzo, ayer y siempre. Me atrevo a sostener que es unánime el sentimiento de nuestra nación, vale decir, la fraternidad cordial siempre manifestada hacia los argentinos por la suma entera de los venezolanos diáfananamente erguidos en nuestro mejor pasado.

El deber y la fe nos congregan hoy, ante este bronce egregio, para conmemorar la entrada del hombre cumbre del sur de nuestra América a la eternidad triunfal. No es un evento patriótico retórico para la grandeza cumplida, sino para la esperanza creadora. La confianza en los ideales y en la certeza de los criterios integracionistas nos impone esta toma de conciencia sobre la amistad y solidaridad de nuestras naciones, en la ruta abierta por sus hijos más preclaros.

Reitero conmovido que agradezco el regalo del honor que se me confiere con la invitación a participar en este acto solemne y popular; la ocasión es por demás propicia para una evocación constructiva desde los orígenes. El precursor Francisco de Miranda cuyos 250 años celebramos ahora, señaló en 1810 ser “cosa notable que Caracas y Buenos Aires tan distantes una de otra y con la diferencia de unos treinta días solamente, sin la menor comunicación, hayan seguido en todo los mismos pasos y tomado las propias medidas políticas en ejecutar su gloriosa revolución”. Curiosamente la misma observación referente a la simultaneidad se encuentra en términos muy parecidos -al año siguiente- redactado por Andrés Bello para la Junta de Buenos Aires: “será siempre una materia de asombro que el patriotismo americano se haya desplegado en

(*) Discurso ante la estatua del prócer argentino. 17 de agosto de 2000.

(**) Individuo de Número. Sillón Letra “F”.

los extremos de la gran península con una uniformidad que raras veces se observa aun entre pueblos que han tenido tiempo y facilidad de combinar sus medidas”.

Prosiguiendo en el análisis de lo que no se puede olvidar, a la materia histórica he dedicado buena parte de mis afanes intelectuales y hoy -como a la Cátedra empeño de mi vida, en Venezuela y en varias docenas de auditorios de alta calificación en muchos países-. Vuelvo sobre estos conceptos de la fraternidad solidaria tan anhelada para la construcción del presente y como primera razón del porvenir. Así, aquí estamos saludando y renovando el entusiasmo de la relación diáfana que liga frente a la historia a San Martín y Bolívar, Bolívar y San Martín. Aquí venimos a escuchar sus palabras exactas y cabales, en ellas encontraremos el motivo y la inspiración para el homenaje que a aquellas memorias excepcionales les prestamos estudiando e imitando sus virtudes.

La relación entre los dos grandes Libertadores vuelve a resplandecer ante la conciencia latinoamericana. Recordemos a Guayaquil como punto de confluencia; llegaron ellos con deseos vehementes -inequívocamente documentados por uno y otro- desde los inicios de la campaña de la independencia en las comarcas del Orinoco y del Plata, para encontrarse y acordarse en una solución como sucedió. De Guayaquil salieron luego, cada uno a cumplir con su responsabilidad. Acrecida la amistad y el mutuo aprecio.

Aquí en Caracas conservamos una preciosa carta de San Martín para Bolívar -desde Mendoza en el año 24- donde el gran Capitán de los Andes le cuenta sobre su salud y otras cosas con lenguaje de espontánea intimidad, y termina; “deseo concluya usted felizmente la campaña del Perú y que esos pueblos conozcan el beneficio que usted les hace. Adiós, mi amigo: que el acierto y la felicidad no se separen jamás de usted, estos son los votos de su invariable José de San Martín”.

Por aquellos mismos días, cuando el Libertador argentino es golpeado por la ingratitud, y sufre la indigencia material, ofendido con perversos rumores hasta amenazas de asesinato y abatido por la muerte de su esposa, Bolívar le rinde desde el pináculo del poder peruano el homenaje que merece su ilustre condición: en Lima brinda emocionado -y en primer término- “por el buen genio de la América que trajo al general San Martín con su Ejército Libertador desde las márgenes del Río de La Plata hasta las playas del Perú”.

Subrayando la estima diáfana que los ligaba están las efusiones cordiales que Bolívar le dirige: “amigo le llamo a usted y este nombre será el solo que debe quedarnos por la vida, porque la amistad es el único vínculo que corresponde a hermanos de armas, de empresas y de opinión; así, yo me doy la enho-

rabuena, porque usted me ha honrado con la expresión de su afecto”. Bolívar es insistente en recalcar su afecto a San Martín; en sus palabras nada sobra: “primer amigo de mi corazón y de mi Patria. Reitero a usted mis sentimientos más francos con que soy de usted su más apasionado afectísimo...”.

Y la historia sigue: diez años después de fallecido Bolívar, y cuando no cesaban los esfuerzos por atizar e hinchar resquemores retrospectivos para amargar y lastimar al ínclito paladín argentino; éste emite el juicio concluyente sobre el insigne hijo de Caracas; y así proclama: “En cuanto a los hechos militares de Simón Bolívar, se puede decir que ellos le han granjeado con razón la fama de ser considerado como el hombre más asombroso que ha conocido la América del Sur. Lo que le caracteriza por sobre todo, formado en cierto sentido su rasgo especial es su constancia a prueba, que se fortalecía en las dificultades sin dejarse abatir por ellas, por más grande que fuesen los peligros a los cuales se hubiera arrojado su alma ardiente”.

Entre los testimonios expresivos e irrefutables del aprecio que unió a estos notables líderes debe anotarse que por lo menos tres retratos de Bolívar tenía San Martín en su casa de Francia donde murió en 1850; en ese último hogar se hallaba el retrato mayor al óleo de Simón Bolívar, pintado por la hija amada de ese bizarro combatiente, doña Mercedes de San Martín Balcarce. Esa obra revela distinción, varonía y carácter enérgico en el personaje retratado, cualidades humanas que ya anciano el ínclito prócer argentino admiró en el amigo al que sobrevivió cuatro lustros, y en el culto de cuya memoria formó con esmero el delicado y justiciero espíritu de su hija.

La mutua y fecunda estimación que se profesaron estos dos héroes se prolonga como una lección palpitante y perenne, y como la semilla óptica que debe germinar, florecer y fructificar entre nuestras patrias tan urgidas y necesitadas en esta no fácil hora universal de la globalización integradora que las fortifique y las impulse en el lanzamiento de su grandeza al mundo.

Para concluir: Gloria a San Martín y a Bolívar en el recuerdo y el amor de sus pueblos unidos. Quiero desde aquí proyectar lo que muchas veces he repetido acá y en el exterior: un solo espíritu, el mismo lenguaje, una única voluntad. “Para nosotros la Patria es América” dice Bolívar. “Mi país es toda la América” dice San Martín. “Nosotros seremos más fuertes cuando estemos más unidos”, insiste Bolívar. La solidaridad entre ellos, es la convergencia transparente del nuevo mundo, no envejece, ni caduca ni se pierde. Siempre actual, el verbo de Bolívar convoca a nuestra América presente en San Martín y alerta como en 1821: “Ahora más que nunca es indispensable... estrechamos y garantizarnos mutuamente, para arrostrar los nuevos enemigos y a los nuevos medios que pueden emplear”.